

REFLEXIONES Y DISCURSOS SOBRE EL MEDITERRÁNEO DESDE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y ANDALUCÍA

Antonio López Ontiveros

Universidad de Córdoba

I. ADVERTENCIA PREVIA

El mar Mediterráneo es un espacio geográfico marino muy concreto y tanto que casi puede considerarse como mar cerrado. “Lo mediterráneo” o “la mediterraneidad”, por el contrario, son algo complejísimo, pluriforme, no sometido a límites concretos y objeto de estudio y reflexión por todas las disciplinas y ciencias de la Tierra, sociales, historia, cultura, arte, etc. Inabarcable en suma.

De lo último se desprende que no se pretende aquí nada sistemático ni con precisos perfiles delimitativos, sino exponer y comentar algunas de las reflexiones y discursos, esencialmente geográficos, que sobre el Mediterráneo o lo “mediterráneo”, se han hecho desde o a propósito de la Península Ibérica (en adelante P.I.), España y Andalucía.

Esta última precisión, por la que se hace intervenir a Andalucía, se justifica porque sin duda es la comunidad autónoma que controla y cierra la entrada y salida al Mediterráneo y porque a causa de ello histórica y geográficamente es mediterránea por antonomasia. Pero también porque en el pensamiento y concepción de lo mediterráneo desde Iberia y España, Andalucía es como la quintaesencia de lo español y de lo español mediterráneo como tendremos ocasión de ver.

II. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS LÍMITES DEL MEDITERRÁNEO

Geográficamente, Birot (1964) ha estudiado a fondo el mundo mediterráneo en su conjunto -en cuanto a relieve, clima, biogeografía, paisajes agrarios y otros aspectos-, pero es sorprendente que al intentar delimitar dicho espacio se quede sólo con esta esquemática idea: “la definición más precisa -dice- es de orden biogeográfico. El mundo mediterráneo corresponde a la zona climática donde el cultivo del olivo es posible, así como el de los cereales de secano” (p. V).

Por otra parte, Lacoste (2001, 3), al definir el Mediterráneo como “zona geoestratégica”, afirma que ésta “no se limita a las regiones litorales *stricto sensu*. Por razones tanto culturales como climáticas, se engloba clásicamente en el conjunto mediterráneo Marruecos, sin embargo bordeado en gran medida por el Atlántico, y Portugal que da la espalda al Mediterráneo”. Además el conjunto mediterráneo estricto (4.000 km. de este a oeste) se prolonga aún más de 1.000 desde las costas de Palestina hasta los países de Golfo Pérsico y hasta el Mar Negro y el Cáucaso. A todo ello hay que denominarlo “zona geopolítica mediterránea”. En concordancia con esta distinción de Lacoste entre regiones mediterráneas *stricto sensu* y amplias prolongaciones de ellas, creo que está la ya clásica y majestuosa diferencia que hace F. Braudel (1976, 133 y ss.) entre “el Corazón del Mediterráneo” constituido por sus mares y litorales y el “Mediterráneo Mayor” que penetra hacia África, Europa continental y el Atlántico.

Y en consonancia con y por lo que a la P. I. se refiere, en mapas de Lautensach (1967, 34), se observa cómo el límite polar del olivo y de otra serie de plantas preferentemente mediterráneas como la adelfa, la palmera datilera, el quejigo, el palmito, la encina y el alcornoque, engloba toda Andalucía pero también todo el Levante español, la depresión del Ebro y la Submeseta Sur. Es exactamente lo que también muestran los mapas de la España mediterránea según la clasificación climática de Thornhwaite, según el régimen agroclimático de Papadakis y según cultivos y aprovechamientos de la antigua C.E.E. (Sumpsi, 1977, 93, 94 y 97).

A mayor abundamiento, Cabo (1990, 143) se refiere también a la difícil caracterización de

la España mediterránea, a la que al menos atribuye estas características: ausencia general de heladas o escasez de ellas y suavidad del invierno; acusada aridez y sequía estacional larga; determinados cultivos frutícolas, incluidos los cítricos, palmitos, palmeras y otras plantas tropicales; y necesidad del regadío. Aplicando estos criterios, estima que la España mediterránea comprende Cataluña, Baleares, Comunidad Valenciana, Reino de Murcia y Andalucía, o sea, 159.000 km², el 31,6 % del territorio español.

En conclusión, pues, es clarísimo que Andalucía es la más mediterránea de las regiones españolas, pero la mediterraneidad se extiende también más al norte y prosigue hasta Cataluña en la fachada marítima y hasta la Depresión de Ebro en el interior.

El dato básico de ese carácter mediterráneo extremo de Andalucía viene dado por esos catorce kilómetros de separación entre Europa y África, siendo esta Comunidad el territorio europeo más cercano a éste último continente. El fundamento físico de esta cercanía está en la continuidad de nuestra cordillera Bética por el norte africano, que muy recientemente -en el Cuaternario-, al hundirse un bloque, puso en contacto Mediterráneo y Atlántico por el Estrecho de Gibraltar.

Desde el punto de vista biogeográfico, actualmente los catorce kilómetros de separación entre África y Andalucía -menos aún en las secuencias glacioeustáticamente más bajas del Cuaternario- han propiciado todo tipo de intercambios de flora y fauna con el norte de África y la incidencia de elementos de tipo tropical. Es, pues, ésta una de las causas, entre muchas otras, por la que Andalucía presenta un muestrario biogeográfico de gran riqueza.

Por otra parte, tal cercanía explica el trasiego histórico, pacífico o bélico, que ha existido entre el Magreb y Andalucía, de tantas repercusiones políticas, económicas, sociales y culturales. La africanidad atribuida a Andalucía, sin duda, tiene un fundamento geográfico indudable.

Pero si es evidente la condición de puente del Estrecho de Gibraltar, también lo es de “importante puerta marítima” entre el Mediterráneo y el Atlántico, como elocuentemente ha

detallado Cabo (1990, 11):

“Mientras el ecúmene se circunscribió al entorno mediterráneo, el Estrecho de Gibraltar, que, al S. de la Península, enlaza el mar latino con el Atlántico, no tuvo gran valor estratégico... Pero los contactos humanos entre Europa y el N. de África acrecentaron el valor estratégico del Estrecho cuando el mundo se ensanchó con el descubrimiento del litoral occidental africano y el continente americano, y cuando uno y otro facilitaron la relación con el Extremo Oriente... La importancia de ese nexo marino entre el Mediterráneo y el Atlántico es tal que en la actualidad, y sin tener en cuenta el paso de submarinos, de difícil contabilidad, se calcula que lo surcan al año no menos de 70.000 embarcaciones de pasajeros, de carga, de guerra o pesqueras. Esto representa un tránsito medio de una nave cada siete minutos y medio y, en total, el 35 por 100 del movimiento marítimo mundial con un transporte estimado de mil millones de toneladas de mercancías”.

Los cálculos de Cabo, de seguro, que posteriormente se han incrementado, y a cuanto él señala hay que unir otra serie de especificaciones que realzan el significado de “puerta” clave del Estrecho de Gibraltar: la importancia del petróleo que se transporta desde el Oriente Medio; la conflictividad creciente de dicha región y del Magreb que lo convierten en clave geoestratégica; la única salida desde el Mar Negro de la flota rusa en invierno en que están helados todos sus mares septentrionales; canalizador igualmente del tráfico marítimo de países de la U.E. como Grecia e Italia en su totalidad, y Francia y España parcialmente.

En conclusión, pues, lo mediterráneo no presenta unos límites claros, aunque caben aproximaciones a ellos de cierta validez, pero lo que sí está claro es que buena parte de la P.I. es mediterránea, y que este carácter concierne por antonomasia a su Comunidad Autónoma más meridional, que es Andalucía.

III. ¿QUÉ ES LO MEDITERRÁNEO? ¿EXISTE UNA CULTURA MEDITERRÁNEA?

Para definir lo mediterráneo cabe una doble reflexión: desde un punto de vista histórico y cultural, o desde un punto de vista geográfico. Desde una perspectiva histórica hasta la época de Felipe II ningún estudio ha superado en detalle y amplia visión el ya citado y clásico libro de Braudel (1976), al que hay que recurrir siempre. Nos vamos a centrar obviamente en la segunda de las ópticas, aunque ambas están tan inextricablemente unidas,

de forma que ninguna puede soslayarse de plano. Por eso, veamos algo sobre el Mediterráneo como “lugar de encuentro entre culturas” (es este el subtítulo del libro de García Gómez-Heras y Febles Yanes, 2006). Y he aquí que las preguntas claves al respecto son éstas:

“¿Posee el Mediterráneo, en cuanto espacio geográfico, una identidad sociocultural peculiar que lo singulariza en sí mismo y lo diferencia de otras áreas geográficas? ¿Gestán sus pueblos ribereños una historia propia, acuñan una singular forma de vida, sedimentan un pozo específico de valores culturales? “

[...]

“(Se trata pues de reflexionar) sobre el Mediterráneo como fenómeno cultural, como ideal histórico geográfico, como utopía de modelo social, como estructura económica supranacional, como espacio de migración intensiva, como episodio de contrastes religiosos, como proyecto de construcción política, como ámbito de conflictos bélicos, como modelo de creación literario-lingüística...” (García Gómez- Heras, 2006, 14-15).

Para estas preguntas hay una respuesta contundentemente negativa según algunos que, definiendo la cultura como una común “visión del mundo, unos principios religiosos y unas formas de vida que se mantienen a través del tiempo”, consideran que esta visión en nuestros días no es compartida entre un francés, un italiano o un griego por una parte y un tunecino o sirio por otra. Ciertamente

“cabe asentar que, desde un punto de vista histórico, el Mediterráneo ha sido la cuna de la civilización europea que en determinados casos ha impuesto unos moldes comunes o muy semejantes...Pero cuando ha prevalecido este cierto grado de unidad cultural en la zona mediterránea se ha debido a su imposición por «agentes humanos», lo que en la Antigüedad coincide fundamentalmente con el Imperio Romano”.

[...]

“Las invasiones árabes desde el siglo VII y el poderío otomano desde el siglo XV contribuyeron a una ruptura de los patrones generales, originando unas culturas mediterráneas diversas, a pesar de la unidad con que muchos han querido estudiar esa zona, desde el siglo XVIII y desde el Romanticismo” (Salvador Miguel, 2006, 112-113).

Frente a esta postura hay otras más ambiguas e imprecisas, pero evidentemente distintas, que hablan de que “el Mediterráneo es cultura de frontera”, “espacio de encrucijadas múltiples”, una “unitas multiplex”, etc. (Ruíz Doménec, 2006, 16 y Lorite Mena, 2006, 17).

Pero un pensamiento de este tipo Sierra González (2006, 102 y ss.) lo explicita y plantea mucho más claramente con estas tres ideas básicas: el Mediterráneo como mar que une y separa y creador por tanto de conflictos, el Mediterráneo como territorio de frontera, y el Mediterráneo como confrontación de Oriente vs. Occidente. Respecto al primer aspecto afirma este autor:

“Así, pues, la imagen construida sobre el Mediterráneo en el imaginario cultural es la imagen de un mar que une y separa y en cuyas riberas se han librado interminables conflictos entre culturas geográficamente próximas, pero distantes en los valores y en los estilos de vida. En este territorio imaginario del mar que une y separa ha emergido lo que Edward W. Said ha definido como la figura del «*contrincante cultural*». El otro, como el opuesto, que en el transcurso de la historia ha dado lugar en las riberas norte y sur del Mediterráneo a la aparición de sujetos históricos que se han definido a sí mismos como un *nosotros* sólo cuando han podido construir la imagen antagónica de un *ello* como negación...Así, se suceden en el tiempo el griego y el bárbaro, el romano y el cartaginés, el cristiano y el musulmán “.

Creo que estas antinomias conflictivas se ven claramente en el panorama de las religiones en el Mediterráneo, de forma que “este mundo unido en torno al *Mare Nostrum* se caracterizó justamente por carecer de unidad religiosa”, como ha estudiado Díez de Velasco (2006, 76 y ss.), aunque los conflictos mediterráneos evidentemente son de naturaleza muy diversa como nos muestra Abad Ripoll (2006, 125 y ss.) que los ha clasificado, siguiendo a Paul Balta.

Pero en segundo lugar, “el Mediterráneo es un territorio de frontera en el que se han engendrado culturas fronterizas e identidades mestizas”, siendo también como se ha dicho paradigma de confrontación entre Oriente y Occidente:

“De hecho -afirma Sierra González- la idea de Oriente, como paradigma de lo opuesto, de la negación, surge en la ribera occidental del Mediterráneo. La división entre la orilla oriental del Mediterráneo y la orilla occidental, en el norte y el sur, ha marcado, a partir de una época, la frontera entre la civilización y su negación. Aunque, para el viajero aventurero, el recuerdo de la orilla oriental, lejana, era el *lugar fabuloso* y la occidental el *lugar real*, podría decirse que hasta fechas relativamente recientes la orilla oriental de Mediterráneo ha sido el lugar de seres exóticos, de recuerdos y paisajes inolvidables, de los viajes fabulosos y de las fantasías. En fin, de todo aquello, que tiene la condición de extraordinario y que solo tiene cabida posible en el espacio de la lejanía. Pero, hoy lo Otro, lo distinto ha dejado de tener la luz del paraíso, para representar las tinieblas de la

noche de la raza”.

Como síntesis de cuanto se ha dicho, quizá valga el texto que sigue de E. Morin en el prólogo a la reciente obra de B. Porcel (2007, 14), donde se afirma la esencial unidad del Mediterráneo dentro de la variedad y la confrontación:

“Permanecen no solo un clima mediterráneo, paisajes mediterráneos, tradiciones mediterráneas, sino también una vida mediterránea, una cultura mediterránea en el interior de culturas mediterráneas muy diversas, una gastrosofía mediterránea, temperamentos mediterráneos”.

[...]

“Para concebir el Mediterráneo hace falta concebir a la vez la unidad, la diversidad y los conflictivismos... Sí, el Mediterráneo es el mar de la comunicación y del conflicto, el mar de los politeísmos y de los monoteísmos, el mar del fanatismo y de la tolerancia, y, oh maravilla, el mar en que el conflicto, al fin civilizado en la pequeña Atenas del siglo V, se convierte en debate democrático y debate filosófico”.

IV. ¿EXISTE UNA GEOGRAFÍA MEDITERRÁNEA? EL PAISAJE MEDITERRÁNEO

Pese a la difícil asignación de unos límites a lo mediterráneo y pese a la indecisión y ambigüedad sobre la existencia de una cultura mediterránea, como hemos visto, parece estar clara, por el contrario, el reconocimiento de una entidad geográfica mediterránea, cuya expresión visual y perceptiva y cuya imagen se expresan en el igualmente existente paisaje mediterráneo. En esta su existencia se fundamenta precisamente la “Carta del Paisaje Mediterráneo” (C.M.P.) de 1993, redactada para precisarlo, definirlo, valorarlo y protegerlo. Por otra parte, en nuestro ámbito español han tenido mucha influencia dos libros titulados precisamente “(El) Paisaje Mediterráneo” (1992), y Arias Abellán- Fourneau, eds. (1998). De entrada al respecto puede afirmarse con Luginbühl (1998, 199) que

“los paisajes mediterráneos presentan unas especificidades que se fundamentan sobre todo en la naturaleza del soporte geomorfológico y biológico del espacio mediterráneo y en particular en una cierta violencia del clima y de los movimientos tectónicos así como en unas particularidades de los cultivos: la importancia de la arboricultura o del lugar del árbol «cultivado» en el paisaje, del extensivismo (espacios pastoriles) e importancia de la ciudad”.

Pero, pese a estos fundamentos comunes, lo esencial de los paisajes mediterráneos es que responden a una dialéctica de unidad y variedad como bien ha expresado Drain (1998, 21):

“El paisaje mediterráneo puede definirse por una singularidad paradójica que recoge a la vez su notoria unidad y su extraordinaria diversidad... Para F. Braudel el Mediterráneo era desde luego «mil cosas a la vez. No un paisaje sino innumerables paisajes», pero también «una imagen coherente, como un sistema donde todo se mezcla y se recompone en una unidad original»”.

Explicitemos ahora algo más los dos grandes rasgos comunes de nuestro paisaje, a saber: *fragilidad de los equilibrios ecológicos* y peculiaridad de los paisajes agrarios. Respecto a lo primero cabe afirmar que dicha fragilidad se deriva de al menos tres causas: un relieve complicado, movido y nada uniforme por razones tectónicas y geomorfológicas; unas constricciones climáticas presididas por la escasez, en general, de agua y por las severas irregularidades interanuales y estacionales tan propias del clima mediterráneo; y a consecuencia de lo anterior, una notoria deficiencia de la escorrentía superficial, aunque ésta en determinados momentos origina crecidas súbitas y devastadoras. En general, esta fragilidad de los equilibrios del medio casa mal con ese Mediterráneo dulce, apacible y sereno tan propio de la imagen romántica. Característica esta, por otra parte, que se aborda en cuantos análisis se hacen del Mediterráneo y que ya para el litoral andaluz la estudió con ingenio Carandell en un artículo de 1935, haciéndose observar siempre que la fragilidad origina muchos riesgos en la agricultura de la zona (vid. Schlizzi y Riviére Honegger, 1998).

Y el otro rasgo geográfico mayor de lo mediterráneo es que presenta unos *paisajes rurales peculiares y específicos*, de origen muy antiguo y pervivencia muy longeva, como han mostrado Mazurek y Blanchemanche (1992, 142). Y como ya se ha insinuado, esos paisajes responden también a una acentuada dialéctica de unidad dentro de la variedad, tan notoria que, al decir de Meynier (1970, 34) “se complica, varía, se degrada en matices infinitos «pareciendo desafiar todo esfuerzo de síntesis» (Desplanques)”. No obstante ello, en una primera aproximación cabe decir de este paisaje agrario lo que sigue. Primariamente es un paisaje de “ager” con cultivos propios de una actividad sedentaria; de “saltus” que reclama una actividad pastoril o incluso itinerante (por ejemplo trashumancia); y de “mansus”, constituido por huertos que son un complemento indispensable de los anteriores aprovechamientos y enlace con frecuencia con el hábitat ciudadano, tan importante en este espacio. Tradicionalmente los cultivos mediterráneos básicos se corresponden con la

llamada “trilogía mediterránea” (trigo, vid y olivo), pero hay tantas formas de manifestarse ésta espacialmente y se encuentran tantas imbricaciones con otros cultivos y formas de aprovechamientos, que su análisis nos remite a la tan variada arboricultura mediterránea (la “frutalización” como se le ha llamado), a la “dehesa” ibérica, a la “coltura promiscua” italiana, a los monocultivos vs. policultivos, etc.

Pero lo referido hasta aquí es sólo una tesela de los muchísimos asuntos a estudiar dentro de los paisajes agrarios mediterráneos, entre los que podríamos destacar los siguientes: la organización de las parcelas, lindes y cerramientos; la importancia y profusión de la piedra en esta morfología agraria; ídem del agua y sus dificultades para encontrarla, conducirla y usarla; los condicionamientos de la topografía; la estética de estos paisajes y su relación con sus condicionamientos físicos, humanos e influencias históricas de distintas civilizaciones, etc. Los caracteres vistos de dichos paisajes agrarios mediterráneos, sintetizados bien por los autores citados, los recoge también Meynier (1970, 34-35) que habla de cómo se oponen las regiones meridionales de Europa al Norte sobre todo por la

“*discontinuidad* de la ordenación agraria donde todo término municipal tiende a dividirse en una parte cultivada, el *ager* de los agrónomos latinos, una parte inculta, el *saltus*, bosque, arbustos, landas, eriales, pedregales, que sirven de pasto o incluso permanecen totalmente sin ocupar.”

Y este tema lleva también al gran agrarista francés a enlazar con otra característica de nuestros paisajes agrarios que es una adaptación a las difíciles condiciones naturales, hablando de “la presencia de un relieve que deviene tiránico”, aunque “puede ser más frecuente, que la montaña, lejos de jugar un papel repulsivo, parezca atraer o retener a las poblaciones”. De forma que en este mundo mediterráneo, en conjunto, razones complejas físicas y humanas posibilitaron primero la ocupación, y hasta acantonamiento, de la vida rural en los espacios montañosos procediéndose, después, a la colonización de las llanuras a partir del siglo XIX y primera mitad del XX. No obstante hoy, a causa de la crisis agraria, la montaña mediterránea en muchas zonas ha quedado absolutamente despoblada, razón por la cual Drain (1998, 24) habla al respecto de paisajes agrarios “poco frecuentados” o de “campos inanimados”.

Respecto a un clima tan constrictivo para el sector agrario como el mediterráneo, sus

amenazas más graves necesitan “adaptación o lucha”, exigiendo la brevedad de las lluvias de primavera y la precocidad de la sequía estival muy frecuentemente la irrigación, tan fundamental en estos paisajes tanto tradicionalmente como en la actualidad con infraestructuras modernas, y también la importancia del árbol en general y del árbol frutal en concreto, aprovechando unas condiciones ecológicas propicias de todo tipo, que ha estudiado con agudeza González Bernáldez (1992), introduciendo el concepto ya mencionado de “la frutalización del paisaje mediterráneo”.

Pero entre la atrayente y compleja polimorfia de los paisajes rurales mediterráneos hay un hecho que debemos resaltar: la gran importancia de la ciudad dentro de ellos. Ella fue siempre fuente de inversiones para el campo, y éste abastecedor de toda la alimentación urbana; ellas -las ciudades- estructuran el territorio asignándose, según su poder, sus respectivos términos municipales, que se dividen, según sus necesidades, en aureolas concéntricas con diferentes usos y aprovechamientos, y adaptando también la red caminera a su servicio, lo que la hace confluir toda en el nodo del casco urbano; el agua y las respectivas huertas, molinos etc. no eran sólo asuntos agrícolas sino que coparticipaban con la ciudad para su desarrollo y abastecimiento; y, en fin, lo mediterráneo creó dentro del poblamiento ese genuino híbrido urbano-rural que es la “agrociudad”, expresión suma de la simbiosis existente entre ciudad y campo en el mundo mediterráneo (López Ontiveros, 1994).

El equilibrio de los distintos elementos que componen los paisajes mediterráneos en determinadas épocas históricas pasó por fases de bloqueo o estabilidad segregando su propio determinismo de apoyo (según Bertrand, 1975), pero hubo otros momentos de ruptura. Uno de ellos, quizá el más grave de todos, es el actual en virtud de una serie de procesos de todo tipo que sintetiza bien la C.P.M. (1993). Pero en el fondo la clave está en la llamada “crisis agraria” comandada por la emigración masiva, que amenaza con desestructurar el complejo de los paisajes mediterráneos, tanto por intensificación de la agricultura como por el abandono de ésta especialmente en las zonas montañosas. De aquí la necesidad de protección del paisaje mediterráneo, egregio patrimonio tanto agrario, como de poblamiento, estético y cultural (López Ontiveros, 1999).

V. LA MEDITERRANEIDAD DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Caracterizado, pues, lo mediterráneo, cabe ahora reflexionar sobre cómo se ve concernida la P.I. por la mediterraneidad, y cómo esta hay que enfatizarla especialmente para Andalucía.

El testimonio contundente de la mediterraneidad ibérica, según Terán (1952), nos parece no solo concluyente sino definitivo en el contexto geográfico español, encuadrándolo este autor en lo que llama “la genialidad geográfica de la Península Ibérica”. En los textos que se reproducen se desarrolla ésta en la forma que sigue:

“Una península en el extremo sudoeste de Europa -dice Terán-, entre el Atlántico y el Mediterráneo, finisterre europeo y puente tendido hacia el continente africano en el que sólo ha fallado la dovela de un arco”.

En ella, como antes hemos constatado para todo lo mediterráneo, según Terán, predomina “la diversidad y el contraste”, hablando incluso de un “continente en miniatura” y de “encrucijada de caminos de mar y tierra”. Y prosigue así:

“La mitad aproximadamente del perímetro peninsular es litoral mediterráneo. Desde los viajes y colonización de fenicios y griegos la Península quedó integrada en el Mundo Mediterráneo y ha participado, en todo tiempo, de las experiencias, aventuras y cultura de este hogar de vida y civilización que ella enmarca por el Oeste”

[...]

“Mediterránea y atlántica; más mediterránea que atlántica es la P.I., como consecuencia de su situación entre dos mares. Pero de su situación entre dos continentes no se puede decir que sea europea y africana. Cuando se habla de las afinidades entre España y África, se trata en realidad de las existentes entre dos miembros de la familia mediterránea. Mediterráneas son la P.I. y el África Menor y como mediterráneas se asemejan y traban relación, pero ni Iberia ni el Magreb son propiamente africanos. La verdadera África es la que comienza al sur de África Menor, en el desierto sahárigo”.

Y todo lo afirmado anteriormente lo explicita y fundamenta después Terán haciéndonos ver que la mediterraneidad ibérica incumbe al clima, formaciones vegetales, paisajes agrarios y diversidad en las formas de vida y trabajo de sus moradores. Y como refuerzo de ello por lo que a los paisajes agrarios se refiere es sintomática la clasificación que hace Mata Olmo

(1997) de los “paisajes y sistemas agrarios españoles”, donde los connotados con el calificativo de “mediterráneo” (“secanos de labor extensiva”, “secanos leñosos”, “paisaje adehesado” y “regadíos circunmediterráneos”) son mayoría abrumadora.

Geográficamente, pues, con toda objetividad, creemos, Terán ha establecido y conformado en nuestro pensamiento geográfico la indubitada mediterraneidad de la P.I.

VI. EL GRAN SIGNIFICADO DE ANDALUCÍA EN EL CONCIERTO DE LO MEDITERRÁNEO

VI.1. El origen y conformación de la imagen romántica de Andalucía

En el contexto de la evidente mediterraneidad geográfica de la P.I. es fácil probar que Andalucía es especialmente mediterránea porque una gran parte de su litoral es bañado por el Mediterráneo; porque es la más cercana a África; porque es la más meridional de la Península; porque, a causa de todo lo anterior, es la más influida física y humanamente por lo africano; porque, en fin, su convivencia y confrontación con lo islámico-mediterráneo fueron las más prolongadas de Hispania, a saber durante ocho siglos.

Pero en época contemporánea, la afirmación de la mediterraneidad de Andalucía no se ha impuesto por la vía geográfica sino por la literaria y artística que gestó el Romanticismo y cuya pervivencia ha sido tan persistente que llega hasta nuestros días (López Ontiveros, 1988). En esta imagen romántica, Andalucía es la gran protagonista, pues se ha convertido en epítome de toda España y, más aún, en “materia literaria” a nivel mundial, dando origen a un “ciclo andaluz en las letras de los siglos XIX y XX”, como ha probado y desarrollado Baltanás (2003) que afirma:

“Así, pues, cuando hablamos de una *materia de Andalucía* o de un *ciclo andaluz* nos estamos refiriendo a una constelación de temas, argumentos y motivos entrelazados que aparentando centrarse sobre un paisaje, construyen en verdad un personaje ciertamente prosopopéyico: se trata de Andalucía como personificación.”

En todo caso, este fenómeno es de tal amplitud y complejidad que no podemos desarrollarlo en su totalidad, por lo que se acotará a sus aspectos más geográficos, y no todos sino los que más acrediten y prueben la mediterraneidad de España y el protagonismo

al respecto de Andalucía.

Pese al ciclo de viajeros, nada despreciable, que se ocupó de España en el siglo XVIII, la verdad es que antes del siglo XIX nuestro país -y por ende Andalucía- era una tierra ignota para el europeo. Por ello un viajero anónimo francés de 1805 puede afirmar: “he notado que hablar de España a un francés es como hablarle de la China, de los Patagones, ¡tan desconocido nos es este antiguo país!” (citado por Héran, 1979, 21). Pero en el siglo XIX se produce un alud descomunal e inusitado de viajeros a la *España ignota* que pasa a ser *España de moda*, lo que se ha explicado por razones bélico-políticas, artísticas, económico-turísticas, etc., aunque las principales creemos que son las literarias, que vamos a desgranar algo.

Estas razones todos los autores las refieren unánimemente a un solo hecho: el Romanticismo, pues éste busca lo que a la perfección pueden brindar España y Andalucía. Calvo Serraller (1991, 22) creo que con gran justeza centra este tema:

“Declarada incompatible con el espíritu de la Ilustración europea (recuérdese la pregunta del abate Masson de Movilliers en 1782 para la *Enciclopedia*: ¿Qué se debe a España? En dos siglos, en cuatro, en diez, ¿qué ha hecho por Europa?), ¿qué ocurre para que inopinadamente España se ponga de moda precisamente en el momento histórico de máxima postración...? Pues..., en el fondo, eso mismo: que ese hundimiento y debilitación históricos confirmaban una imagen ya bien consolidada de diferencia, odiada antes y subyugadora ahora, desde el momento en que triunfó en Europa la revolución burguesa con todas sus connotaciones. El romanticismo fue, desde luego, el que revolucionó el tradicional criterio de homologación cultural, que sirvió para que se acreditara como un bien la diferencia española”.

En último término es éste también el tema de la “España imprevisible” -diferente en suma-, “la tierra de lo inesperado, *le pays de l'imprévu*, donde la excepción es la regla”, que es para R. Ford (1974) la síntesis última de su comprensión y la razón de su atractivo. Y tras este hallazgo de la singularidad española, acicate de su atracción, hemos de destacar algunas deducciones importantes a nuestros efectos. Y es la primera que el tópico turístico de hoy, “España es diferente”, sin duda tiene su base en la comprensión estética que a España y Andalucía aplicaron los románticos. Y de él está a un paso la aserción hecha por A. Dumas -otro tópico mayúsculo- “África empieza en los Pirineos”, piedra angular de la

geografía que transmiten los románticos.

Y de todo lo anterior, a su vez, se deduce la preferencia romántica absoluta -y lógica- por Andalucía, porque es la más diferente de Europa, la más africana, paisajística y culturalmente, de España por distancia y persistencia de lo árabe, la más excepcional, la más imprevisible, la más pintoresca. Y ciertamente este protagonismo de Andalucía es muy evidente analizando, según la literatura viajera decimonónica, el significado simbólico que se confiere a Sierra Morena y en concreto a su entrada en ella por el paso de Despeñaperros, que se convierte en “puerta de Europa” y “entrada en el Paraíso”, de forma que podría sustituirse el apotegma de Dumas “África empieza en los Pirineos” por este otro: “África empieza en Despeñaperros” (vid. López Ontiveros, 1991 y 2002).

Pero esta atracción de España y Andalucía obedece, a su vez, a la preferencia romántica por Oriente -dentro de la dicotomía ya aludida Oriente vs. Occidente- y por el Sur -elemento de otra antinomia que lo opone al Norte-. Escribe Baltanás (2003, 57-59) que

“*Oriente*, para los escritores del ciclo (andaluz), no era un lugar geográfico, sino un lugar utópico. Un símbolo, un anhelo. Decir *Oriente* es decir *lo otro, lo distinto, lo misterioso*. Todo lo opuesto a Occidente.”

Pero sin olvidar, que “Andalucía es el Oriente cercanísimo, el más próximo, el Oriente incrustado en el mismo corazón europeo”. Pero, obsérvese cómo el mismo Baltanás (2003, 191) engarza la condición oriental de nuestra región con el hecho de ser el Sur por antonomasia:

“La orientalización romántica de Andalucía se encontraba favorecida por su posición geográfica sureña. Oriente no es el Levante o el Este, sino el Sur...”

Andalucía es el Sur por antonomasia. Sur de la península ibérica y sur de Europa. Tierras solares y ardientes frente a tierras neblinosas y frías... Suele tenerse por verdad inconclusa que los románticos descubrieron lo meridional y lo oriental; hombres del Norte, los primeros románticos consideraron el Sur como el paraíso perdido”.

VI.2. Maurofilia e historicismo románticos

Cabe preguntarse ahora -connotado que para el romántico Andalucía era África, el Paraíso, el Sur, el Oriente- cuál era en concreto el contenido de esta imagen tópica de la región, que

también es paradigma de España, y qué elementos la conforman. No se puede pretender al respecto una aproximación detallada por lo que sólo se alude a tres componentes de esta imagen, absolutamente geográficos, y que, igualmente, impregnan lo mediterráneo: uno es de carácter general, otro concierne a la geografía física, y un tercero a la humana.

Es el primero el que podemos denominar *la maurofilia* y *el historicismo románticos*, en cuya virtud la concepción romántica del relato viajero comprende siempre una recurrencia obsesiva a la historia, exaltando además un esplendor pretérito -que en Andalucía corresponde siempre a la época musulmana- y que contrasta con la decadencia actual. Así los moros y lo oriental aparecen como creadores casi absolutos de su paisaje físico, humano y artístico, despreciándose con frecuencia cualquier otro ingrediente.

Los textos de viajeros occidentales que prueban esto son muy abundantes y coincidentes con los de los viajeros árabes a España, en parte influidos por aquellos literatos -Irving, Chateaubriand- pero con la gran aportación de “la captación sensitiva o sensual de lo español, casi siempre de lo andaluz, genuinamente árabe, para lo que no necesitan el apoyo de teorías foráneas” (Paradela Alonso, 1993).

Conviene, por último, resaltar que los delirios tópicos de este historicismo maurofílico no siempre son útiles para la geografía, pero que en su uso mesurado han ayudado mucho a entender y explicar nuestros pueblos y ciudades -casi todos ellos en el siglo XIX aún con urbanismo y arquitectura de impronta musulmana-, nuestros paisajes agrarios, en especial las huertas y los de sierra, también de origen morisco, amén de cuantos rasgos etnológicos, sociales, etc. están influidos por dicho pasado. Otra cosa es que este componente se pretenda convertir en exclusivo y excluyente de otros influjos.

Por otra parte, es de conocimiento común que esta maurofilia puede estar en la base del fundamento de una postura historicista sobre los orígenes de Andalucía, que se atribuyen exclusivamente al ingrediente árabe y que contrasta y choca con otra que inclina la balanza a favor de un origen castellano (López Ontiveros, 2003, 38 y ss.). Desde un punto de vista geográfico quizá nos sea más interesante, por concreta, la postura de Lautensach (1967, 187

y ss.), que resalta algunos aspectos espaciales significativos, en los que es muy importante lo musulmán para “el desarrollo del paisaje cultural español”, y especialmente para el andaluz. Los datos aportados por este autor, y algunos otros conexos que son observaciones nuestras, son los siguientes:

1º) Un gran número de palabras árabes pasaron a las lenguas románicas de la Península, conservándose hoy en ellas. Y lo que para nosotros es más importante: la repercusión de la lengua árabe y en menor medida de la berberisca en la *toponimia* de la Península. En ésta más Baleares no menos de 2.911 nombres de poblaciones, montes y regiones son de origen árabe o berberisco. La densidad aumenta hacia el sur y es máxima en las Alpujarras: 75/1000 km².

2º) El nombre de 302 ríos, que aparecen en mapa de Lautensach, tienen origen árabe o arabizado. El mapa muestra cinco zonas con toponimia arabizada creciente de norte a sur: I, la cornisa cantábrica, sin topónimos de este origen; II, cuencas del Duero y Ebro con muy pocos; III, cuencas del Tajo, Guadiana y ríos valencianos ya con una gran densidad sobre todo en la periferia mediterránea; IV, cuenca del Guadalquivir con un tenor similar; V, lo que hoy corresponde a los ríos sur-mediterráneos y antiguo Reino de Granada de densidad máxima.

3º) Interesantísimo es el mapa que Lautensach titula “Restos geográficos arquitectónicos (mezquitas, minaretes, puentes y termas) y de poblamiento (ciudades con morería o murallas y fortificaciones moras) y repercusiones tardías (iglesias mozárabes y sobre todo edificios mudéjares y casas de cubierta horizontal) de la época árabe”, en el que aparecen cuatro zonas de gran impronta mora en la geografía española: sur de Aragón y contacto con Castilla; País Valenciano; Toledo y norte de Extremadura; y, sin comparación posible, toda Andalucía y su continuación por Murcia. Proporcionalmente a la duración del dominio musulmán, la frecuencia de caracteres árabes desciende de sur a norte y de este a oeste.

4º) Respecto a la geografía agraria los préstamos recibidos son aún más importantes si cabe:

- Plantas de cultivo introducidas o reimplantadas: palmera datilera, naranja ácida, limonero, granado, algarrobo, moral, albaricoque, bananero, caña de azúcar, arroz, algodón, azafrán, berenjena, sandía y chufa. Ídem también la producción de “pasas de Málaga”.

- Creación, desarrollo y expansión de buena parte del regadío existente hasta tiempos contemporáneos, bien en la forma de grandes huertas como la Vega de Granada, bien con la proliferación de cientos de pequeñas huertas que tantísima significación han tenido en la diversificación de la dieta alimenticia y en la aportación de vitaminas hasta que desaparece la autarquía local. A este regadío aportan también los musulmanes su infraestructura hidráulica y de distribución de aguas, lo mismo que muchos de sus ingenios técnicos.

- También en regadío, pero igualmente en muchos secanos, ellos nos legaron la construcción de terrazgos inimaginables a veces por la profusión y dificultad de terrazas, bancales, setos, lindes, acondicionamiento y defensa de pendientes o riberas, etc.

- En ganadería no puede olvidarse la introducción de la oveja merina, con tan brillante porvenir para nuestra Mesta.

- Y por último, importante, aunque discutida, es la aportación mora a las medidas de tierra de Andalucía, tesis defendida por Ferrer y González (1996) y comentada por López Ontiveros (1999), que muestran “que es del mestizaje romano-musulmán-castellano de donde procede el sistema de agrimensura andaluz”.

En conclusión, pues, no se puede preterir la influencia musulmana en la conformación geográfica de Andalucía, aunque tampoco y en absoluto la castellana. De forma que, por ejemplo, en todos y cada uno de los aspectos en que hemos enfatizado aquélla, abrumadores serían los datos y argumentos para probar la segunda, cuyo fundamento esencial, no obstante, estriba en la suplantación masiva de población que se realiza con los repobladores castellanos.

Pero, después de todo cuanto precede, de lo que no cabe duda, a nuestros efectos geográficos, es de que la imagen romántica de España y Andalucía, transida de maurofilia, que se fundamenta en hechos más o menos exagerados, nos presenta estos territorios entre todas las tierras circunmediterráneas como las que comparten e integran elementos tanto del

Norte mediterráneo, occidental y cristiano, como del Sur oriental, africano e islámico.

VI.3. El clima, la vegetación y los cultivos en la imagen romántica de Andalucía

Otro elemento, de geografía física, que caracteriza la imagen romántica andaluza se refiere al *clima*, que, aunque constituye acaso uno de los ingredientes principales del “paraíso andaluz”, no abundan las referencias explícitas y mucho menos matizadas al mismo, de manera que en la mayoría de los autores se agota el tema en la sola alabanza, pudiéndose no obstante sintetizar unas conclusiones que resumen la percepción del clima que tienen los viajeros románticos. Estas son:

- Les choca evidentemente y resaltan la sequía estival absoluta (de forma que Gautier apunta en su cuaderno de notas: “vimos una nube como algo extraordinario”) y en general la limpidez de la atmósfera. Ello, para estetas que son, sobre todo implica efusión de luz y color, por lo que son frecuentes las descripciones paisajísticas meramente cromáticas, a las que también coadyuvan la ausencia de vegetación y la atormentada geología montañosa andaluza.

- Obviamente tampoco pueden dejar de experimentar y reseñar la tiranía de este clima aludiendo al calor, siroco, calima y, en virtud de un determinismo burdo, lo erigen en causa de un medio pródigo -fertilidad sinigual de la Bética-. Fundamento, a su vez, de la pereza andaluza y de la pobreza gozosa de sus habitantes, tema crucial en la concepción viajera de la época.

Acertadamente, creo, Quiot (1998, 303 y 307) desarrolla el que llama tercer cliché de lo mediterráneo actual, creado por el turismo, y que es -coincidiendo con lo afirmado anteriormente- “Mediterráneo, asociado a sol absoluto”, que asegura el bronceado en la playa, pero que va en contra de las prácticas arquitectónicas y paisajísticas de la zona que buscan siempre el frescor y la sombra. Y, según este autor, Mediterráneo asociado también a la “dulzura invernal porque los trópicos están allí”. De lo que no cabe duda es de que esta concepción de lo mediterráneo es la misma que se atribuye a España y sobre todo a Andalucía en la imagen geográfica romántica.

Y respecto a la *vegetación natural y cultivos* -que para muchos es lo mismo- les interesan

sobremano las especies africanas exóticas y pintorescas: chumberas, pitas, adelfas, higueras, algodón, caña de azúcar, chirimoyos, batata, naranjos, limoneros, palmeras... Un desconocedor de Andalucía saca la conclusión, según esta fitogeografía, de que nuestra región toda ella estaba cubierta de pitas, chumberas, palmeras y naranjales, con un poco de olivar y desde luego sin trigo ni cereales, a los que se alude poco porque evidentemente a los viajeros les eran familiares en sus países de origen. Un bello texto de Willkomm (1997, 257-258) sobre Motril y su vega creo que expresa muy bien las preferencias fitogeográficas aludidas:

“En los abundantes jardines y huertos, que no sólo se encuentran en las afueras, sino también entre las casas de la ciudad, se pueden encontrar palmeras, bananos, chirimoyos, aguacates, eritrinas, casias y otros exóticos árboles y arbustos oriundos de América tropical. Los gigantescos cactus, los mayores que he visto nunca; las plantaciones de caña, con su color verde tierno; los extensos algodones, cubiertos de flores amarillas; las espinosas ananás; la humedad y el calor propios de esta feraz vega son elementos que confieren a Motril un aspecto más propio de las Antillas que de Europa o de Oriente. La vega es tremendamente fértil, y de ello dan buena muestra la enorme cantidad de melones, calabazas, pepinos, sandías, ananás, tomates, pimientos, verduras y hortalizas de todo tipo que cada mañana son llevadas al mercado de la ciudad, donde se amontonan en grandes pilas”.

Por otra parte, el tratamiento que del olivo hace el viajero romántico sintetiza muy bien su punto de vista sobre la vegetación y los cultivos. Se ocupan de esta planta en especial desde una óptica estética y sienten por ella fascinación, lo que se fundamenta en el exotismo que le confiere el que no exista en un medio -el centro y norte de Europa- de donde proceden buena parte de los viajeros. Pero esta atracción contrasta con la repulsa psicológica que despierta casi unánimemente en todos ellos; desconozco el posible fundamento de esta reacción -acaso debido al color pálido y apagado de las hojas- pero es bien constatable en muchos textos, similares a éste de Doré y Davillier : “Desde el punto de vista pintoresco, el olivo es un árbol triste, gris, poco agradable en el paisaje”.

Nuestras conclusiones por demás son plenamente coincidentes también aquí con las de Quiot (1998, 310 y ss.), que en su fino y preciso análisis de la vegetación mediterránea, impuesta y querida por el turismo, fundamenta ésta en los caracteres climáticos pseudotropicales que se le atribuyen a la región en la simplificación de un “Mediterráneo asociado

a una sola entidad”, cuando en realidad es un profuso mosaico de formaciones vegetales y plantas. Entre todas afirma este autor, se exalta “la palmera mítica” (que entre los viajeros por Andalucía es también la planta más admirada) pero también cuantas consideran los europeos del norte exóticas (bambúes, cocoteros, cítricos, laurel, tuya, áloes, agaves, yucas, etc.), prestando a veces poca atención a las muchas y muy interesantes especies autóctonas.

Lo que sí es evidente es que la fitogeografía romántica de España y Andalucía es plenamente coincidente con la que se confiere por el turismo reciente al Mediterráneo, presididas ambas por la exaltación del exotismo que fomentan los nórdicos y mezclando sin precisión geográfica lo mediterráneo, lo tropical, lo africano e incluso lo “americano”.

VI.4. Observaciones sobre la ciudad andaluza romántica

En último lugar, en la caracterización de la imagen romántica de Andalucía, aludimos a la que nos transmitieron sobre la *ciudad andaluza*. En el siglo anterior, o sea, en el XVIII, hubo un debate profundo en la literatura viajera, y en todo el mundo artístico y de pensamiento sobre lo urbano, que oponía el urbanismo musulmán, laberíntico y caótico, al urbanismo del Setecientos, de impronta geométrica y concepción hipodámica. Véanse cuáles son las principales características de este último urbanismo, que es el preconizado por los viajeros ilustrados, en éste texto elocuente de Ponz:

“Varias cosas se han de juntar para la belleza y magnificencia de una ciudad: entradas desahogadas; el número de puertas correspondientes a su grandeza; que sean muchas sus calles con comunicación entre ellas; que las principales sean rectas y anchas...; pero no deben ser todas iguales en anchura y rectitud, porque una ridícula y total uniformidad sería enfadosa; (...) las plazas se han de multiplicar para desahogo de los barrios (y han de ser) rectangulares, circulares y elípticas”.

Y por el contrario, veamos cómo el mismo autor juzga el urbanismo de Sevilla -al igual que el de Toledo-, de origen y concepción islámicos. Dice Ponz:

“Sus calles están muy mal empedradas, (que) quedaron en el desorden y en angosturas en que las dexó la superstición o rusticidad morisca y (que) éste ha mantenido hasta ahora otras muchas de España, como le dixe a V. hablando de Toledo. No se pensó en mejorarlas, ante nuestros reyes seguían las mismas ideas y se valían de artífices de aquella nación (...) Esta mala planta y deformidad de las ciudades no se remediará jamás sino haciéndolas de nuevo (...) (A su vez) a las plazas de Sevilla les falta cierta proporción y regularidad o estar acompañadas de edificios con

alguna uniformidad y así más se pueden llamar sitios espaciosos”.

En consonancia con este pensamiento sobre lo urbano, también por parte de los viajeros ilustrados hay una apreciación muy crítica respecto a los monumentos del estilo que llaman “barroquismo churrigueresco”, generalizado -se dice- en nuestras iglesias y conventos, y un cierto respeto, que no entusiasmo, en cuanto se refiere al arte gótico y una actitud entre la indiferencia y la mera curiosidad por lo que respecta a nuestros monumentos árabes (vid. especialmente López Ontiveros, 2001, 21-22 y Puente, 1968, 209 y ss.). Pero lo que ahora nos interesa es constatar cómo los viajeros románticos invierten totalmente este paradigma perceptivo, como puede verse en las apreciaciones sintéticas que hacemos a continuación.

1º) *Las ciudades andaluzas* generalizadamente las conciben como de origen e impronta musulmanas, lo que ciertamente era paradigmático para algunos de nuestros cascos históricos de entonces más emblemáticos, por ejemplo los de Córdoba, Granada, Sevilla, Ronda, etc. No obstante esta afirmación no debe exagerarse, pues Terán (2004, 45), comentando un trabajo de Niemeyer de 1936, decía que éste “se ve obligado a afirmar que en la ciudad y aldea andaluzas el plano de auténtico carácter morisco es el menos frecuente”. Considérese, no obstante, que esta observación no puede llevar a una minusvaloración del elemento árabe o morisco en las ciudades percibidas y descritas por los románticos porque el momento de ambas afirmaciones es distinto, porque en las grandes capitales de provincia y principales pueblos, en especial del interior, que son los preferidos de los románticos, la influencia musulmana es innegable.

2º) Respecto al *monumentalismo árabe*, es el preferido por el viajero romántico, y significativamente presente en tres ciudades andaluzas -Granada, Sevilla y Córdoba-, originó que ellas constituyeran por antonomasia los “lugares de promisión de los viajeros románticos” y que, especialmente, tres de sus monumentos -Alhambra-Generalife, Mezquita y Alcázar sevillano- podrían ellos solos haber engendrado buena parte del alud viajero del siglo XIX. Repárese en algunos elogios hechos por los viajeros sobre la Mezquita de Córdoba como botón de muestra para avizorar el significado que se le confiere al monumentalismo árabe: “enorme e insólita Mezquita” según Andersen; “todavía hoy,

según opinión universal, dice Amicis, es el más hermoso templo musulmán que existe, y uno de los más admirables monumentos de la tierra”; “edificio único en el mundo” para el barón de Davillier; “monumento único en el mundo y completamente nuevo, incluso para aquellos que han tenido ocasión de admirar en Granada y en Sevilla las maravillas de la arquitectura árabe”, según Gautier.

3º) *Los rasgos orientales y africanos de la ciudad andaluza* constituyen la clave de la imagen romántica de nuestras ciudades y creo que están representados en Córdoba de manera paradigmática, siendo mis observaciones al respecto las que siguen (López Ontiveros, 1991).

Que Córdoba haya experimentado una profunda decadencia desde la época árabe no es obstáculo para que, según sus visitantes del siglo XIX, siga siendo una ciudad “verdaderamente mora”, “completamente oriental”, “cuyos usos y costumbres nada tienen que recuerden a Europa”, que “parece que los moros la han abandonado ayer” y que si pudieran volver “no tendrían que hacer gran cosa para instalarse nuevamente en ella”. En último término, como dice Poitou, “Córdoba ha conservado en parte una fisonomía y ha quedado una impronta profunda de la civilización que un día floreció en ella”.

Pero ¿cuáles son los elementos de su urbanismo que definen este carácter africano, moro y oriental de Córdoba? Ellos son sus laberínticas y estrechas calles, sus casas blancas y con ventanas enrejadas y sus patios con galerías, todos ellos en perfecta trabazón e inextricablemente unidos en la imagen del visitante.

Respecto al *entramado callejero* coinciden los viajeros que se trata de calles cortas, angostas, sinuosas y laberínticas, “callejas” más que calles. En cuanto a su carácter laberíntico me parece ilustrativa la sintética observación de Quinet: “Las calles de esta villa de huríes en vez de ir de un punto a otro, vuelven, se pliegan sobre sí mismas en laberintos inextricables”. Y al recorrer este laberinto, dice bellamente Wylie, “como si se tratase del mar sin caminos o del desierto sin senderos, hay que orientarse en el día por el sol y en la noche por las estrellas”.

En cuanto a las *casas* en sí no son muy amplias ni altas, de tejado plano con azotea, al exterior con pocas ventanas y enrejadas. No obstante, algunos autores tardíos aluden ya a las casas con balcones. Y todos los viajeros igualmente enfatizan el blanco impoluto del enjalbegado de las casas que contribuye a darles un aspecto de limpieza y obra nueva, pues, como dice Gautier, “gracias a la cal, el muro hecho hace cien años no puede distinguirse del terminado ayer”.

No obstante, el elemento de la casa que más atrae la atención del viajero son los *patios*. Puerta exterior, zaguán, patio central, galerías adyacentes, etc. son sus elementos fundamentales y su originalidad estribaba, como dice Amicis, en que “no es un patio propiamente tal, ni un jardín, ni una sala, sino a la vez las tres cosas”.

Sorprendentemente -y adelantándose más de un siglo a la corriente actual que tanto valora la vegetación urbana- los viajeros señalan como carácter genuino de la ciudad sus *frutos y flores tropicales o africanas* que, coincidiendo con lo ya dicho sobre ellas en general, se alojan en la ciudad principalmente en patios, huertas y jardines privados y en los balcones y ventanas.

Pero, por supuesto cuanto se ha dicho sobre el carácter moro y oriental de Córdoba, conviene también a otras muchas ciudades andaluzas y fácilmente se puede ello probar para Granada, Sevilla, Málaga, Almería... y tantas otras.

Pergeñada, pues, la imagen romántica de la ciudad andaluza, conviene preguntarnos por la valoración en conjunto del urbanismo andaluz que nos transmitieron los viajeros decimonónicos. Y claramente se observa que, a medida que avanza el siglo, el urbanismo cordobés en su conjunto, así como los elementos antes señalados, son altamente valorados, hasta el delirio a veces, por buena parte de los viajeros. Así Latour en un relato de gran pureza romántica descubre un “encanto melancólico” a la ciudad; Amicis, desbordante, respira aquí “el aire de otro mundo” porque “está en Oriente”; Godard, ante los patios de Córdoba utiliza las expresiones “paraíso terrestre” y “jardín del Génesis”; todos, en suma,

en sus descripciones morosas y deleitables denotan compenetración y alta valoración del objeto descrito: Córdoba.

Tres son, por otra parte y en mi opinión, las razones fundamentales en que estos autores apoyan su valoración positiva del urbanismo cordobés: el exotismo y orientalismo de la ciudad, algo completamente nuevo para ellos; su misma decadencia que, como dice Godard, favorece el silencio y la meditación, difíciles en las ciudades europeas, transmutadas por la revolución industrial; y el clima, el sol y la luz, tan valorados por quienes en general proceden de las brumas del norte. Pero estas tres motivaciones no son genuinas sólo de Córdoba, sino ingredientes comunes del “paraíso andaluz” que, como mercancía turística sigue vendiéndose hasta el día de hoy. En el siglo XIX, no obstante, muchos viajeros creyeron encontrar en Córdoba este paraíso en estado casi puro, como muchos también en Granada y en otras ciudades.

Desde una óptica geográfica, finalmente, creo que la gran aportación de estos relatos estriba en que supieron caracterizar y describir el urbanismo de impronta islámica de la ciudad andaluza, entonces apenas modificado, bellamente y con precisión. Y ello, en conclusión, acercaba una vez más Andalucía a la parte islámica y africana del Mediterráneo, convirtiendo a España y a esta región en paradigma y engarce de la mediterraneidad.

VII. LA DIFUSIÓN DE LOS TÓPICOS ROMÁNTICOS EN LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA Y ANDALUZA

La imagen romántica de Andalucía, analizada anteriormente, cala profundamente en los geógrafos, y así M. Sorre (1934, 13) en la célebre “Geografía Universal”, dirigida por Vidal de la Blache y Gallois, en esta línea habla de las “afinidades africanas” y “reflejos de Oriente” que se encuentran en Andalucía y se manifiestan a lo largo de toda su Historia; de la “fuerte seducción” y “recuerdo nostálgico de belleza” que su visita deja; de su precoz y antigua civilización; de su luz, de su voluptuosidad, etc. Sin duda, todas estas expresiones son resonancias de la concepción romántica y también orteguiana de Andalucía. Pero es Sermet sobre todo el continuador y el difusor de esta ideología romántica en la geografía

andaluza y geógrafo clave al respecto.

En efecto, este autor, en sus obras de 1956, 1958 y 1975, hace una peculiar traducción geográfica de la concepción romántica, destacando el carácter africano y oriental de Andalucía, fundamento de su exotismo perceptivo por parte de los foráneos. Ello le confiere, según él, una personalidad y originalidad concluyentes, derivadas también de ser un verdadero conjunto natural, amén de albergar los mismos tipos humanos y presentar una similar evolución histórica, en la que, por supuesto, hay que resaltar sobremanera la influencia mora. La riqueza que atribuye a Andalucía, en la línea de la visión paradisíaca de los viajeros románticos, es desmesurada de todo punto y, ante la miseria evidente, no le queda más remedio que entroncar con el también recurso retórico romántico de la “pobreza gozosa”.

Y, por fin, es paradigmática en Sermet la afirmación de Andalucía como síntesis de España, precisamente porque es su quintaesencia, la región más peculiar. Por supuesto, que todas estas afirmaciones son discutibles y muchas de ellas inadmisibles por la justificación de situaciones inasumibles de todo punto, pero tampoco se le puede negar a Sermet la perspicacia de muchas de sus intuiciones y la definición de muchos caracteres geográficos de Andalucía que sin duda proceden de la impronta musulmana de su historia. Pero tampoco ningún geógrafo admite hoy esa contundente afirmación suya de la unidad natural de Andalucía.

El pensamiento de Sermet cala, en mayor o menor grado, en los geógrafos que se ocupan de Andalucía recientemente, especialmente al tratar el tema de su personalidad y originalidad. Y tópicos de este tipo pueden encontrarse de Otero Pedrayo (1956, 98 y 102) a García Manrique (1980, 17), pasando por los geógrafos franceses Drain (1979, 15), Huetz de Lemps (1976, 133-134) y Humbert (1992, 85-86). Pero hay otros que el tema lo abordan más por extenso. Es el caso de Cano (1987, 15 y ss.), para el que Andalucía constituye un “espacio diferenciado”, pero con “identidad natural” endeble. Recientemente, este mismo autor (2001, 25 y ss.) ha resaltado, no obstante, “la diferencia de Andalucía respecto al resto peninsular, que se debe a una serie de factores naturales en origen, pero con influencia

en otros órdenes de cosas”. Y, por último, es también Bosque un autor que incide en los tópicos de referencia. Repárese en el texto que sigue de este último autor y se constatarán resonancias nítidas del pensamiento de Sermet:

“Ninguna otra región española tiene tanto prestigio internacional. Un prestigio que es, sin duda, consecuencia de su personalidad geográfica. Se explica así que, como dice Sorre, más que cualquier otra parte de la Península, «Andalucía ejerce una intensa seducción sobre las imaginaciones». El primer motivo de tal atracción reside en su milenaria cultura, que hace de Andalucía el más venerable foco cultural de Europa occidental. Pero, además, la naturaleza favorece su seducción: clima suave y dulce, sus rientes paisajes, su cielo azul límpido y transparente, sus abundantes riquezas naturales han sido siempre un incentivo para los habitantes de la áspera Meseta castellana, del salvaje Atlas o del desolado Sahara. Y, por último, su situación en una de las encrucijadas del mundo antiguo y moderno, dominando el enlace Atlántico-Mediterráneo y poniendo en contacto Europa y África”.

Si bien más adelante, de forma más concreta, en la misma obra se afirma que Andalucía “no es una región natural, ni por su relieve, ni por su clima, ni por su vegetación”, y que “la unidad de Andalucía se halla más en su pasado histórico, en su gente, que en su marco físico... Andalucía, nacida en Tartessos y Roma, transformada por el Islam es como una avanzada de Oriente enraizada en la Europa Occidental” (Bosque, 1987, 423-4). Despojado de algún ambiguo matiz, casi todo lo demás dicho por este autor sintetiza lo que los geógrafos han expuesto recientemente sobre la personalidad y originalidad de Andalucía, que se remonta al pensamiento de Sermet y que está enraizado en la concepción romántica de Andalucía.

Pero Sermet también influye en autores no geógrafos, en politólogos y “andalucistas”, e incluso en un caso -Clavero Arévalo, 1984- no sólo se utilizan sus tesis sino que se erigen en fundamento del *Ser Andaluz*, desarrollándose temas de este autor -incluso enfatizados- como los siguientes: determinismo climático en las características físicas, psicológicas y culturales del andaluz; permanencia de un mismo territorio desde Tartessos hasta la actualidad; panandalucismo del que también forma parte Marruecos, etc. Se trata, en suma, de un pensamiento sincrético con una influencia explícita y exagerada de Sermet, sin que ningún geógrafo actual pueda admitir hoy esa unidad cerrada y absoluta del marco físico andaluz ni ese determinismo incluso físico sin matices.

En conclusión, al término de este apartado, pueden ser pertinentes las reflexiones que siguen. Pese a las discrepancias, todos los autores, sin excepción significativa, atribuyen a Andalucía una existencia innegable, una personalidad geográfica vigorosa y una originalidad nítida, siendo, a su vez, verdadero paradigma de España. Estos caracteres, elementales pero muy importantes, no los descubrieron los viajeros románticos pero ellos los erigieron en la base del entendimiento de Andalucía y de España. Sermet adaptó los tópicos románticos a la Geografía andaluza y los revistió de unos ciertos fundamentos espaciales, transmitiéndolos a los geógrafos que se ocuparon de la región y a algunos andalucistas. Los geógrafos, no obstante, repudiaron mayoritariamente una inadmisble unidad natural de Andalucía, como base de la unidad y personalidad regionales.

Puestos a discernir las virtualidades laudables y los aspectos repudiables de esta concepción romántica de Andalucía, hay que ser cautos, pero cabe arriesgar algunas opiniones. El mayor beneficio de la concepción romántica, y la de su epígono en la Geografía que es Sermet, es que crearon una imagen atractiva de la región y la dieron a conocer en España y el extranjero, tras siglos de preterición.

Pero junto a ello, un optimismo exagerado, trasunto de la cosmovisión paradisíaca de Andalucía, les llevó a creer en una riqueza regional inmarcesible, cuando Andalucía históricamente se estaba hundiendo en el subdesarrollo más profundo. En este contexto, es inadmisble la pretendida justificación del atraso social y económico de la región.

VIII. REFLEXIONES FINALES

- La definición y límites de lo mediterráneo son temas difíciles y no configurados con precisión en la bibliografía de cualquier tipo, pero que, del Romanticismo para acá, son insoslayables no sólo para la geografía y otras disciplinas o ciencias de la Tierra sino también para la historia y ciencias sociales.

- Especialmente complejo es el tema que se refiere a la unidad cultural de lo mediterráneo, respecto al que se enfrentan dos concepciones, difícilmente conciliables: la que la niega y

otra que la afirma, aunque reconociendo que existen graves conflictos en la región, admitiendo muchos matices sobre el asunto, destilando dudas, generando contradicciones.

- Por el contrario, todos admiten la nítida existencia de una geografía de lo mediterráneo, identificable en base, sobre todo, a un clima y paisaje con tal carácter. Y al definir el contenido y elementos principales de este último adquiere una importancia sustancial la evidencia de paisajes agrarios mediterráneos, tan complejos como pletóricos de significación.

- Con rotundidad Terán ha definido la P.I. como sintetizadora de elementos atlánticos y mediterráneos, con claro predominio, no obstante, de estos últimos. Por otra parte, en esta mediterraneidad se implica especialmente Andalucía por su proximidad a África, por su extenso litoral en el *Mare Nostrum*, por la persistencia de la ocupación musulmana, etc.

- Pero el carácter genuino de esta mediterraneidad andaluza es fruto especialmente de la imagen romántica de la región, cuyos rasgos y componentes geográficos se ha intentado definir. Pero se ha concluido también que esta concepción, que en sí es sobre todo estética (literaria, artística, etc.), ha impregnado también la Geografía en España, por obra y gracia de Sermet, que difundió y adaptó los tópicos románticos a nuestra disciplina y que los difundió entre geógrafos y otros científicos. En todo caso la obra de Sermet es un canto apasionado al Sur, al Mediterráneo, a Andalucía que es en España la quintaesencia de la mediterraneidad y a la que, según él, le convienen todos los tópicos que el Romanticismo atribuyó a este atrayente espacio multicontinental y multicultural.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD RIPOLL, E.,(2006): “Paz y conflictos en el Mediterráneo”. En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords), o.c., 125-173.

ARIAS ABELLÁN, J., Y FOURNEAU, F., (Eds.), (1998): *El Paisaje Mediterráneo*. Universidad de Granada, Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía, Granada.

BALTANÁS, E., (2003): *La materia de Andalucía. «El ciclo andaluz» en las letras de los siglos XIX y XX*. Fundación José Manuel Lara, Sevilla.

BERTRAND, G., (1975): "Pour une histoire ecologique de la France rurale". En DUBY, G. Y WALLON, A. (Dir.): *Histoire de la France rurale*. Editions du Seuil, París, 37-111.

BIROT, P., (1964): *La Méditerranée et le Moyen-Orient. T.I. Generalités. Peninsule Iberique. Italie*. Presses Universitaires de la France, París.

BOSQUE MAUREL, J., (1987): "Andalucía". En TERÁN, M. de, SOLÉ SABARÍS, L. Y VILÁ VALENTÍ, J., *Geografía Regional de España*. Editorial Ariel, S.A. Barcelona, 423-477.

BRAUDEL, F., (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, México, Madrid, Buenos Aires. 2 Tomos.

CABO, A., (1990): "Condicionamientos geográficos". En ARTOLA, M., (Dir.): *Historia de España*, T. I, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 3-172.

CALVO SERRALLER, F., (1991): "Los viajeros románticos franceses y el mito de España". En *Imagen romántica de España*, Ministerio de Cultura, Madrid, 21-27.

CANO GARCÍA, G., (1987): "Andalucía, un espacio diferenciado" y "Evolución de los límites de Andalucía y percepción del territorio". En CANO GARCÍA, G., (Dir. y Coord.), *Geografía de Andalucía*, T. I., Ediciones Tartessos, S.L., Madrid, 11-120.

-- (2001): "Situación, límites y percepción del territorio". En CANO GARCÍA, G. (Dir.): *Gran Enciclopedia andaluza del siglo XXI. Conocer Andalucía*, T. I., Editorial Tartessos, Sevilla, 21-61.

CARANDELL PERICAY, J. (1935): "Las condiciones del modelado erosivo en la vertiente mediterránea de la Cordillera Bética". *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural*, T. XXXV, 39-62.

CLAVERO ARÉVALO, M., (1984): *El Ser Andaluz*. Ibérico-Europea de Ediciones S.A. Madrid.

DRAIN, M., (1979): *Geografía de la Península Ibérica*. Oikos-Tau, S.A. Ediciones, Barcelona.

-- (1998): "Les specificités du paysage méditerranéen". En ARIAS ABELLÁN, J. Y FOURNEAU, F. (Eds.): o.c., 21-32.

DÍEZ DE VELASCO, F., (2006): "Presente y futuro de las religiones del Mediterráneo". En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords), o.c., 73-89.

FERRER RODRÍGUEZ, A. Y GONZÁLEZ ARCAS, S.A., (1996): *Las medidas de tierra en Andalucía según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*. Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria, Tabapress, Madrid.

GARCÍA GÓMEZ- HERAS, J. M^a. (2006): "Presentación". En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords.), o.c. 13-25.

GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords) (2006): *El Mediterráneo. Un lugar de encuentro entre culturas*. Parlamento de Canarias, Centro de la Cultura Popular Canaria, Arafo, Tenerife.

GARCÍA MANRIQUE, E., (1980): "El medio geográfico". En *Historia de Andalucía. I, De*

Tartessos al Islam (-1031). Cupsa Editorial, Editorial Planeta, S.A., Barcelona, 16-78.

GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. (1992): "La frutalización del paisaje mediterráneo". En *Paisaje Mediterráneo*, o.c, 136-141.

HÉLAN, F.,(1979): "L'invention de l'Andalousie au XIX s. dans la littérature de voyage. Origine et fonction sociales de quelques images touristiques". En BERNAL, A.M. Y OTROS: *Tourisme et développement regional en Andalousie*, Éditions E. de Boccard, París, 21-40.

HUETZ DE LEMPS, A., (1976): *L'Espagne*. Masson, París.

HUMBERT, A., (1992): *L'Espagne*. Éditions Nathan, París.

LACOSTE, Y., (2001): "La Méditerranée". *Hérodote*, 103, 3-39.

LAUTENSACH, H., (1967): *Geografía de España y Portugal*. Editorial Vicens-Vives, Barcelona.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1988): "El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica". En GÓMEZ MENDOZA, J., ORTEGA CANTERO, N. Y OTROS: *Viajeros y Paisajes*. Alianza Universidad, Madrid, 31-65.

-- (1991): *La imagen geográfica de Córdoba y su Provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Publicaciones de Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba.

--(1994): "La agrocuidad andaluza: caracterización, estructura y problemática". *Revista de Estudios Regionales*, 39, 59-91.

-- (1996): *Sierra Morena y las Poblaciones Carolinas: su significado en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. "Estudios de Geografía". Córdoba.

-- (1999): "El reto de la protección y gestión de los paisajes rurales andaluces". *Cuadernos Geográficos*, 29, 69-83.

-- (1999): "El Catastro de Ensenada y las medidas de tierra en Andalucía". *Revista de Estudios Regionales*, 53, 191-204.

-- (2001): "Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX". *Ería*, 54-55, 7-51.

-- (2002): "Del Prerromanticismo al Romanticismo: El paisaje de Andalucía en los viajeros de los siglos XVIII y XIX". En ORTEGA CANTERO, N. (Ed.): *Estudios sobre historia del paisaje español*. Ediciones U.A.M., Fundación Duques de Soria, Los Libros de la Catarata, Madrid, 115-153.

-- (Coord), (2003): *Geografía de Andalucía*. Editorial Ariel, S.A. Barcelona.

-- (2003): "El territorio andaluz: su formación, delimitación e interpretación". En LÓPEZ ONTIVEROS, A., (Coord), (2003), o.c., 35-78.

LORITE MENA, J., (2006): "El Mediterráneo como adquisición cultural irreversible". En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords), o.c., 47-71.

LUGINBÜHL, Y., (1998): "Introduction au Congrès" y "Synthèse et conclusions. Identification des paysages méditerranéens". En ARIAS ABELLÁN, J. Y FOURNEAU, F. (Eds.), o.c., 13-18 y 199-2001.

MATA OLMO, R. (1997): "Paisajes y sistemas agrarios españoles". En GÓMEZ BENITO, C. Y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. (Eds.) *Agricultura y sociedad en la España Contemporánea*. Madrid, M.A.P.A, Centro de Investigaciones Sociológicas, 109-170.

MAZUREK, H., Y BLANCHEMANCHE, Ph. (1992): "La organización del paisaje rural mediterráneo: de los pueblos a las fincas de pastoreo". En *Paisaje Mediterráneo*, o.c., 142-153.

MEYNIER, A., (1970): *Les paysages agraires*. Armand Colin, París 32-40.

OTERO PEDRAYO, R., (1956): "Andalucía". En *Geografía de España. Presencia y potencia del suelo y del pueblo español*. T. 4º, Instituto Gallach de Librería y Ediciones, Barcelona.

Paisaje mediterráneo (1992). Electa, Milán.

PARADELA ALONSO, N., (1993): *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*. Ediciones de U.A.M., Madrid.

PONZ, A., (1798-1794): *Viaje de España en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*. Viuda de Joaquín Ibarra, Madrid.

PORCEL, B. (2007): *Mediterráneo. Una historia personal*. Ediciones Destino, S.A., Barcelona.

PUENTE, J. DE LA, (1968): *La visión de la realidad española en los viajes de Don Antonio Ponz*. Editorial Moneda y Crédito, Madrid.

QUIOT, A. (1998): "Tourisme et paysages méditerranéens". En ARIAS ABELLÁN, J. Y FOURNEAU, F (Eds.): o, c., 301-312.

RUÍZ DOMÈNEC, J.E., (2006): "La herencia mediterránea de la cultura europea". En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords.), o.c., 29-45.

SALVADOR MIGUEL, N., (2006): "¿Existe una literatura mediterránea? Reflexiones del pasado hacia el presente". En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords.), o.c., 107-122.

SIERRA GONZÁLEZ, A., (2006): "Una utopía llamada Mediterráneo: estados democráticos y estados islámicos". En GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M^a, Y FEBLES YANES, J. (Coords.), o.c., 91-105.

SERMET, J., (1956): *La España del Sur*. Editorial Juventud, S.A., Barcelona.

-- (1958): "Andalucía". En TERÁN, M. DE, (Dir.): *Geografía de España y Portugal*. T. III-IV, Montaner y Simón, S.A., Barcelona, 73-169.

-- (1975): *Andalucía como hecho regional*. Universidad de Granada, Granada.

SCHLIZZI, S., Y RIVIÉRE HONEGGER, A. (1998): "Synthèse et conclusions. Risque, agriculture et paysages méditerranéens". En ARIAS ABELLÁN, J. Y FOURNEAU, F (Eds.): o.c., 265-270.

SORRE, M., (1934): "L'Andalousie". En VIDAL de la BLACHE, P. Y GALLOIS, L. (Dir.): *Géographie Universelle. T. VII. Méditerranée. Péninsules Méditerranéennes*. Cap. X, Librairie Armand Colin, París, 155-172.

SUMPSI, J. M. (1977): "Delimitación del área de agricultura mediterránea en España". *Agricultura y Sociedad*, Julio-Septiembre, 81-118.

TERÁN, M. DE (1952): "Introducción. La genialidad geográfica de la Península Ibérica". En TERÁN, M. DE, (Dir.): *Geografía de España y Portugal*. T. I, Montaner y Simón, S.A., Barcelona, 3-13.

-- (2004): "Baja Andalucía". En TERÁN, M. DE: *Ciudades españolas (Estudios de Geografía urbana)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 31-62.

WILLKOMM, M., (1997): *Granada y Sierra Nevada*. Fundación Caja Granada, Granada.